

# EL ABANICO DE KAN-SHI DE

(LEYENDA CHINA)



...y se llama Kan-Shi.

Nunca alumbrara  
el pajizo sol de su Oriente,  
ni más claro marfil que el de su cara,  
ni espejo más bruñido que su frente.  
Adormiladas y tranquilas,  
bajo los finos arcos de sus cejas,  
las de húmedo azabache recatadas pupilas  
creyéransse venir de lejas  
regiones de ensueño y de bruma,  
al poner sus caricias sobre todas las cosas  
como vuela en la ola el crestón de la espuma,  
como sobre las flores tiemblan las mariposas  
o se mece en el viento una pluma.  
En dos cuencos de nácar diez jazmines de nieve,  
florece en sus manos la gracia  
de una esencial aristocracia  
sutil, fragante, misteriosa y leve:  
cuidan los pájaros cantores  
en jaulas de irisados cristales  
y saben amortecer dolores  
lo mismo que plantar rosales,  
o echar granos de arroz, como perlas menudas,  
al estanque de plata donde bullen los peces,  
o—a la par elocuentes y mudas—  
mover las finas piezas de ricos ajedreces,  
o en salvillas de laca donde fieros dragones  
enroscan la escamada viruta de sus colas  
y flores de una flora de incógnitas regiones  
entrecruzan sus tallos y estallan sus corolas,  
tras la leve esterilla de la leve persiana  
—fino estumino que la luz suaviza—  
servir del té la clara luz obriza  
en tazas de pintada porcelana...  
Cuando sale en su palanquín,  
el del bordado baldaquín  
donde cien campanillas de plata resuenan,  
para verla, de gente se llenan  
todas las calles de Pekín;

pero ella esquiva el mirar curioso  
y se cubre el rostro risueño  
con el fino cendal vaporoso  
de un recatado velo sedoso.  
Búcaro fresco de juventud  
de su propia flor virginal,  
es arca de toda virtud  
en su blanco palacio de mármol y cristal,  
donde su padre, el mandarín  
Ta-Lai-Té, por darle recreo,  
le ha ofrecido el encanto de un jardín  
donde el vívido y claro serpenteo  
de un riatillo que entre el césped se pierde  
y de exóticos pájaros el pintado plumaje  
y un quiosco escondido entre el ramaje  
de la tupida fronda verde,  
y la dorada y palpitante estela  
que filtran los bambúes del seto,  
y de rústicos troncos graciosa pasarela,  
y el pececillo de coral inquieto  
y el pétalo que vuela  
a contar de las rosas el secreto  
a la nube de rosa,  
de su perfume y su color celosa,  
son deleites que jalonan sus días  
de sol claro y sus noches bordadas de diamantes.  
Bajo mil surtidores estallantes,  
junto a los policromos macizos de peonías  
y azuleos y rosas fragantes,  
sobre bancos de abenuz y alcayoba,  
en glorietas sombrías donde desde sus nidos  
ruiseñores galanes, de su amor encendidos,  
tiran piedras de música al cristal de su alcoba...

Pues... cuenta una crónica antigua  
que nacida de incógnita pluma  
con olor de leyenda hoy la mía perfuma  
y con fe de cien siglos se atestigua,  
que la bella Kan-Shi asistía  
en su jardín una noche a la fiesta  
de las antorchas.

Se prendía  
de miriadas de rojos faroles la floresta,  
y a la doncella daban compañía



diez mil doncellas más, sus compañeras  
en virtud, discreción y pudores,  
recamadas de sedas y tocadas de flores,  
como diez mil vivientes primaveras.  
Músicas deliciosas poblaban los jardines  
sobre la inquieta pauta del surtidor sonoro;  
y junto a los hiératicos "Jefes del Yelmo de Oro"  
destellaban sus ricas batas los mandarines.  
En copas de diamante, sorbetes  
de grosella, y manzana, y canela;  
y en calados caolines, pebetes  
trazando ante los pórticos de los áureos temples  
la ingrave geometría de su aromada estela.  
Kan-Shi, recatada y prudente,  
cual las demás, oculta la cándida metilla  
según la costumbre de Oriente,  
con la terciopelada maravilla  
de una pequeña máscara, estrellada  
con lentejuelas en menudos bordados,  
que deja solo a la voraz mirada  
varonil, la sutil lanzada  
de los oblicuos ojos ignorados.

Pero Estio encandeca su horno;  
y al espeso calor de sus flamas,  
se sofoca con vivo bochorno  
el celado marfil de las damas.  
Mas ninguna, entre todas, se atreve  
a quitarse la máscara odiosa:  
que ocultar a los hombres se debe  
el candor de la faz pudorosa.  
Los cincuenta agujones de plata  
que el pesado peinado embalamana;  
y el cruel brocatel de la bata  
que prolijos recames abrumana;  
y el calor de farolas y gente,  
y el tener contra el rostro sujeta,  
desde el labio reseco a la frente,  
celadora y tenaz, la careta,  
a la frágil Kan-Shi, ya no pueden  
infligirle más duro tormento,  
ni el reposo fugaz le conceden  
de una ráfaga tenue de viento,

que en su carne frescuras aflore  
mitigando el ardor que la abrasa  
y en su sien el sudor evapore  
con alada caricia de gasa...

Pero Kan-Shi discurre un arbitrio ingenioso  
para airear de su tez el ascua viva:  
al mismo tiempo que la esquiva  
al varonil mirar codicioso:  
el pesado antifaz se quita:  
mas teniéndolo cerca de la cara,  
mientras con su tupido terciopelo se ampara,  
para darse aire lo agita  
con tan movido y rápido aleteo,  
y tan graciosa y señoril finura,  
que sin mostrar del todo su hermosura  
ni del todo esconderla, más enciende el deseo.  
Sus diez mil compañeras imitan,  
cedo, a la hija del mandarín;  
y como, a un tiempo, todas sus máscaras agitan,  
parecen revolar sobre el jardín  
diez mil nerviosos pájaros que, en tremolante vuelo,  
traen prendido en su pico  
el recién inventado modelo  
de otra arma femenina: el abanico.

Así cuenta la crónica antigua  
que nacida de incógnita pluma  
con olor de leyenda hoy la mía perfuma  
y con fe de cien siglos se atestigua.

## ENVIO

Mujer de hoy, que tras el vivo  
palpitar de una vitela  
lo que finges de cautela  
aderezas de incentivo:  
cuando en el rojo verano,  
el calado varillaje  
de algún abanico, alhaje,  
cetro de reina, tu mano,  
oye qué pido de ti:  
que abras en tu corazón  
un recuerdo de emoción  
para la bella Kan-Shi.